

El Quijote: testimonio y profecía Una reflexión en torno a la Segunda Parte

The Quixote, testimony and prophecy. A reflection on the Second Part

Daniel Sánchez Ortega

Académico Correspondiente. Real Academia de Doctores de España. daniel.snchezortega130@gmail.com

An. Real. Acad. Doct. Vol 2, (2016) pp. 281-305.

RESUMEN	ABSTRACT
<p>Este trabajo pretende un análisis comparativo entre la crisis de la sociedad española en tiempos de Cervantes y la actual, también en crisis. A través del Quijote es posible determinar algunos perfiles del ser español de todos los tiempos, así como sus causas. El haber sido España tierra de frontera frente al Islam durante varios siglos es la principal y más remota, que lo secundario o próximo vendrá en razón del momento concreto. Desde la primera apreciación, es el factor religioso lo que prevalece en la articulación social y en la afirmación ideológica, ambas necesariamente reactivas frente al Islam invasor del solar peninsular. En este perfil se integra nuestra tendencia al radicalismo, nuestra intransigencia, nuestra proclividad al caudillismo y la sumisión a las directrices y pensamiento del caudillo o grupo dominante.</p>	<p>This work intends to be a comparative analysis between the crisis of the Spanish society in times of Cervantes and the current society, also in crisis. Through the Quixote it is possible to determine some profiles of the Spanish being of all times, as well as their causes. The main and remote cause is the fact of having been border of the Islamism for several centuries; secondary or close causes will come on the basis of the exact moment. Since the first assessment, the religious element prevails in the social interaction and in our ideological assertion, both of them necessarily reactive before the invader Islam, which occupies a great part of the peninsula. Our tendency to radicalism, our intransigence, our inclination to chieftainship and to submission to the guidelines and the thought of the commander or of the avant-garde group are integrated in that profile.</p>
<p>Palabras clave: Cervantes, biografía, Segunda Parte del Quijote, caudillismo, Inquisición.</p>	<p>Keywords: Cervantes, biography, Second Part of the Quixote, chieftainship, Inquisition.</p>

1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Este trabajo es parte de un ensayo del autor del presente, inédito todavía. Aquí intentamos recoger algunos aspectos en torno a la contextualización social e histórica del Quijote, a partir de lo cual trataremos de proyectar hasta nuestros días el perfil permanente del modo de ser español: el mismo que deja entrever el Príncipe de los Ingenios a lo largo y ancho de su obra universal, con las virtudes del hombre hispano, que son muchas, y con sus defectos, que también. Es esto lo que subyace, a nuestro juicio, bajo la espuma del desarrollo tecnológico y de los avances culturales y sociales de cada momento.

Pocas cosas han cambiado en esencia entre aquel año de 1615, cuando vio la luz la Segunda Parte del Quijote, y este 2015 cuando conmemoramos su cuarto centenario. Este trabajo, en su modestia, quiere ser sólo un sumando más en la efeméride.

2. CONTEXTUACIÓN HISTÓRICA

La publicación de la Segunda Parte del Quijote tuvo lugar después de un largo interregno de diez años respecto de la Primera. No fue éste un tiempo perdido para Miguel de Cervantes ni para su obra universal sino todo lo contrario: diez años dan mucho de sí para reflexionar sobre lo que pudo hacerse mejor y no se hizo; para enmendar los yerros cometidos en la Primera Parte y para darse cuenta de que sobre el éxito propio suelen abatirse los plagiarios como aves rapaces al menor descuido. El Quijote de Avellaneda es lo más descarado a este respecto en una tradición de siglos de la que no escapa nadie, incluidos William Shakespeare y el propio Cervantes. Diez años son muchos también, a escala de tiempo histórico, para dar cabida a hechos singulares, a modo de hitos capaces de establecer un antes y un después en la historia de los pueblos y de los individuos, para analizar las experiencias y para matizar el perfil de las cosas, de la propia obra, de sí mismo...

El Quijote en su conjunto hubiera sido otro sin la experiencia de Cervantes y la de la España de su tiempo. En principio sorprende al lector, incluso al menos avisado, el apartamiento del autor respecto de los hechos acontecidos entre la fecha de su nacimiento en 1547 y la de su muerte en 1616. Durante este tiempo tuvo lugar el impulso colectivo que hizo de España la primera potencia mundial en todos los órdenes. En aquella diástole ibérica –así damos en llamarla– tuvieron lugar los hechos de armas más notables y gloriosos de nuestra historia, en alguno de los cuales participó el autor del Quijote: Lepanto, la toma de Túnez y La Goleta por don Juan de Austria..., aunque apenas los mencione. Es tal el alejamiento del autor respecto de los hechos, que hoy nos resultaría imposible saber incluso el monarca

que gobierna en cada momento los destinos de España de no recurrir a otras vías o métodos indirectos. Cervantes prefirió renunciar al lugar preciso y al momento exacto en aras de la intemporalidad de una obra que él quiso ubicar más allá del tiempo y del lugar. Es esto lo más probable, a pesar de que fuera Cervantes un testigo excepcional y cualificado del auge rápido de España y del comienzo de su lenta decadencia, sorprendentemente larga, como un crepúsculo polar. El autor del Quijote entendió probablemente que aquellos acontecimientos tan súbitos demandaban alguna plasmación crítica de manera distinta a como lo hiciera la historiografía de la época (Jerónimo Zurita, Ocampo, Garibay, Juan de Mariana...), y la consecuencia inmediata es que con la reinención de la novela Cervantes nos anticipa de manera más espontánea que preconcebida algunos aspectos de la novela actual, la histórica incluida. La descripción de los ambientes y escenarios es el mayor acierto desde la probable intuición de que el relato veraz de la vida cotidiana puede ser la antesala de la Historia.

Los enemigos, ávidos desde el primer momento de los despojos y riquezas que pudiera deparar el desplome de la Monarquía española, eran ya tan poderosos y tenaces como los imperios europeos de los siglos XVII, XVIII y XIX. Sorprende pues tan larga decadencia frente a tantos y tan decididos poderes en contra, salvo que nos hallemos ante alguna clave más o menos explícita que explique el fenómeno.

La afirmación que hacemos de este ocaso español, tan súbito en sus inicios – “En Flandes se ha puesto el sol”, de Eduardo Marquina – no es ninguna fabulación o metáfora sino algo perfectamente real: el *Finis Hispaniae* comenzaba a barajarse en las cancillerías europeas nada más comenzar el siglo XVII, sin que fuese éste el primer intento: la francesada de 1808, Ayacucho en 1824, El “Desastre” de 1898 y los movimientos secesionistas actuales son distintos jalones y desventurados hitos en el proceso de desintegración de los antiguos territorios de la Corona.

Ya en 1621, fray Juan de Santamaría expone sin cortapisas la misma situación que denuncia Cervantes en el episodio de los duques y en referencia a la casta ociosa que pululaba y medraba por el reino: “Cuando un Reyno –dice el religioso– llega a tal corrupción de costumbres que los varones se regalan y componen como mujeres [...] que se buscan cosas exquisitas para comer por mar y por tierra; que duermen antes de que les venga el sueño [...] bien se puede dar por perdido, acabado su Imperio”¹. Pero hay más todavía: la correspondencia entre el conde de Gondomar, embajador español en media Europa, y el conde-duque de Olivares deja entrever el mismo panorama: “Se va todo al fondo”, decía Gondomar a Olivares, coetáneos ambos de Cervantes. Todos ellos habían visto y vivido algunos de los triunfos más espectaculares de la política imperial y el inicio repentino de la decadencia española

¹ FRAY JUAN DE SANTAMARÍA. Tratado de República y policía cristiana... Valencia 1619.

al final de sus vidas, y de ahí su sentir común ante la realidad tan poco optimista que se desplegaba ante sus ojos.

La situación de España tampoco pasaba desapercibida para los embajadores extranjeros en la Corte, atentos siempre a cualquier debilidad del gigante con pies de barro que era a la sazón la Monarquía española, también ibérica en aquel momento.

En 1641, sir Arthur Hopton, embajador en Madrid, remitía a la corte británica un informe devastador: “Me veo inclinado a pensar que la grandeza de esta monarquía está cerca de su fin”²

Son varios los testimonios sobre el mismo fenómeno, si bien trataremos de glosar aquí el más sutil y hermosamente literario: el Quijote. En Cervantes, la vivencia intensa de los hechos, su evidencia incontestable y la experiencia del autor en torno a los aledaños del poder debieron suscitar en él una profunda desconfianza en la capacidad de las castas dirigentes para gestionar los destinos del imperio. De existir los milagros, lo será en las leyendas y en las supersticiones –éste será el *leit motiv*-, sean estas religiosas o de cualquier naturaleza, pero nunca en la Historia. Existen causas visibles y otras ocultas que explican los hechos, de tal manera que la mirada atenta a nuestra historia en las edades Moderna y Contemporánea nos revela algunos de los porqués de la decadencia española, de la cual es el Quijote retrato y profecía, notario y paradigma. A través de Cervantes, pero no sólo, es posible deducir la capacidad de los españoles del común –“Dios, que buen vasallo si oviese buen señor”, del Poema del Mío Cid- para hacer frente a la adversidad en todas las épocas, omisión hecha de las clases o castas dirigentes, más dadas a subordinar el interés de la patria a su propia concupiscencia e interés. También las dinastías.

En la España de entonces y de ahora, las grandes individualidades, que las hay, serían capaces de marcar la pauta de los destinos nacionales hacia metas más prometedoras, siempre que se les permitiera fermentar la sociedad de cada tiempo y tirar de ella. El problema reside en cualquier sociedad de vocación caudillista -*vox clamantis in deserto*- en el grado de conexión entre la masa y la levadura o en la falta de ella. El pueblo suele ser masa inerte y fácilmente moldeable: positivamente (mímesis positiva) en los momentos de esplendor; entre la pasividad y el nihilismo en usencia de mímesis; o negativamente (mímesis negativa) cuando lo es también el modelo. Hombres de la talla y categoría de Cervantes tuvieron que andar con extrema cautela a la hora de transmitir sus mensajes para no dar con sus huesos en las mazmorras del Santo Oficio, salvo que lo hicieran subrepticamente,

² J. ELLIOT. España en Europa. Estudios de Historia comparada. Col.lleccio Honoris causa. Universidad de Valencia. Valencia 2002

expresándose a través de segundas lecturas –el Quijote es el mejor ejemplo-, o poniendo tierra por medio alejándose del país. Los episodios de Luis Vives y Blanco White nos evitan mayores comentarios.

El exilio interior o exterior de la inteligencia venía ya de lejos. Las viejas controversias medievales con final sangriento, o de hoguera en demasiados casos, y la represión inmisericorde de los movimientos heréticos y femeninos (el de las beguinas, por ejemplo)³ nos pone de bruces ante la agitación de las conciencias antes incluso de la irrupción del erasmismo y de la Reforma protestante.

En tiempos todavía muy próximos aún tenemos que lamentar el exilio posterior a la guerra civil del siglo XX, el más estudiado hasta el momento.

La realidad de la España de todos los tiempos ha venido condicionada en demasiados casos por la tensión dialéctica entre la libertad como anhelo, y su contrario como realidad cotidiana; entre la inteligencia liberadora y el reglamentismo dogmático; entre la España que no nos gusta y la resignación ante la España real...

El exilio de 1939 es probablemente el más dramático de todos, pero no el único ni tampoco el último. Los cátaros de la Corona de Aragón en los lejanos tiempos medievales, los erasmistas del siglo XVI, los luteranos, los quietistas o alumbrados, los iluministas, los regalistas, los ilustrados, los afrancesados, los liberales y el largo etcétera de los represaliados por uno y otro bando durante la guerra civil y el franquismo son sólo una pincelada incompleta de la represión y el exilio como sombra permanente en la historia y conciencia de nuestro país y también de Europa en demasiados casos. Pero el exilio de la inteligencia continúa todavía, si bien con matices bien distintos. Hoy, la fuga de nuestros intelectuales y científicos, hacia Europa y Norteamérica debería hacernos reflexionar si no nos hallamos ante el mismo fenómeno, o parecido, al que tuvo lugar en aquella España

³ Las beguinas eran congregaciones femeninas que, al contrario de las monjas, no tenían voto de castidad perpetuo ni tampoco de obediencia. Surgieron en Flandes y en los Países Bajos, y representaban, a su manera, la reinención de un nuevo monacato civil en clave femenina y al margen de las estructuras de la Iglesia Católica, a la que rechazaban por no reconocer los derechos de las mujeres y por la corrupción de las costumbres en clérigos y laicos. El deseo de habitar bajo el mismo techo no tenía más finalidad que vivir en comunidad su entrega a Dios y a los pobres.

La Iglesia oficial receló de inmediato de estas mujeres porque se decían libres y porque no estaban sujetas a regla alguna ni sometidas al marido; pero recelaba sobre todo de sus experiencias místicas y de su difusión de la doctrina en lengua vulgar para que fuera entendida por todos. En España, es notorio el caso de Oliva Sabuco de Nantes, nacida en Alcaraz y autora de "Filosofía natural". Oliva era hija del bachiller Sabuco, quien tuvo que ostentar la autoría para evitar problemas a su hija. La controversia no está cerrada, pero todo apunta, en nuestra opinión, a que la autora de Alcaraz obró de esta manera por miedo a la persecución por parte de la Iglesia. En aquel momento, ser mujer y culta le hacía sospechosa de pertenecer a esos mundos o congregaciones heréticas, cuando no a la brujería.

en trance de petrificación, de la cual son Cervantes y el Quijote el ejemplo más acabado del exilio interior de los espíritus en la propia patria, aunque sea en este caso el de más bella descripción.

3. LA TENTACIÓN CAUDILLISTA EN EL QUIJOTE

En España, la conexión entre el líder y la masa sucede paradójicamente cuando los poderes, las leyes y las instituciones devienen inoperantes, cuando hacen dejación de sus responsabilidades o cuando traicionan su cometido esencial, que viene a ser lo mismo. La situación sobrevenida a partir de los reinados de Carlos IV y Fernando VII, a caballo de los siglos XVIII y XIX nos releva también de mayores comentarios; pero *a contrario sensu* tampoco la sociedad española en su conjunto anda exenta de responsabilidad. Sucede en demasiados que a la estima social del personaje le sobreviene el olvido más absoluto, incluso en vida del héroe. Cervantes tiene en ello alguna primacía, aunque no la exclusiva. Antes de él lo padecieron Cristóbal Colón, Hernán Cortés y el Gran Capitán⁴, entre otros muchos; y después Blas de Lezo⁵, Melchor de Macanaz, Ensenada, Esquilache y el sinnúmero de héroes de la guerra de la Independencia ajusticiados por Fernando VII. La relación sería interminable si incluyésemos a los represaliados y olvidados durante los siglos XIX y XX, pero esto nos llevaría más allá de la intención principal de este trabajo.

El país contradictorio que vio y vivió Cervantes es la nación extraña que maltrata, u olvida en el mejor de los casos, a sus mejores hijos, a los más ilustres, a sus mejores soldados, a los que escriben, a los que piensan, a las individualidades eminentes...

En tiempos de Cervantes son los arbitristas los que medran a la sombra del poder, que no los sabios ni los héroes. El arbitrista representa un tipo de perfil perfectamente definido, el del oportunista de siempre que se proyecta sin apenas solución de continuidad hasta nuestros siglos XX y XXI. Cervantes lo sabe, los conoce y hasta los padece con su propia postergación, así que ante este panorama, ¿cómo

⁴ Gonzalo Fernández de Córdoba es el gran reformador del ejército de tierra español de cara a la guerra moderna que hiciera posible la hegemonía española en Europa durante muchos años. Ceriñola, Garellano y Gaeta son hitos decisivos para el afianzamiento del poder de Fernando el Católico en el Mediterráneo, pese a lo cual el Rey Católico le destituyó como virrey de Nápoles reduciéndole prácticamente a la nada en un puesto poco relevante en Loja.

⁵ El marino guipuzcoano Blas de Lezo es el genio militar que en 1741 salvó a Hispanoamérica de la apropiación británica en el hecho de armas de Cartagena de Indias. Es ésta una gesta superior al triunfo de Lepanto. El insigne marino de Pasajes supo derrotar con efectivos muy inferiores en número y armamento a la armada británica, la fuerza mayor que surcaría los mares hasta la Primera Guerra Mundial. Gracias a Blas de Lezo hoy hablan español 500 millones de hombres y mujeres. Y sin embargo permanece desconocido entre los españoles a pesar de haber dado la vuelta, dos siglos después, al desastre de la Invencible hasta rivalizar en gloria y prestigio con el almirante inglés Nelson, el héroe de Trafalgar, éste con plaza titular y monumento en el centro de Londres.

podría ser el Quijote, paradigma de España, un libro optimista? ¿Cómo podríamos reprochar sin sonrojo el pesimismo esencial que rezuman sus páginas cuando retratan el día a día de una carrera de tropiezo en tropiezo y de revés tras revés hasta la derrota definitiva del héroe manchego? ¿No es acaso la aventura de Don Quijote un reflejo de la España misma? Pero conocida la agitada biografía de su autor, además, ¿no sería razonable establecer la necesaria relación entre el autor y su personaje, con España al fondo? La respuesta, afirmativa a nuestro modo de ver, nos lleva directamente a un corolario devastador, que es también interrogante: ¿Sirve para algo la virtud personal en España, el heroísmo, la probidad, la entrega a los demás, a lo colectivo, a la patria si conlleva como premio la más profunda ingratitud, el olvido, el ostracismo, la persecución y en ocasiones la muerte? La conclusión no puede ser sino desalentadora. En Inglaterra, pongamos por caso, sus mejores hombres reposan en Westminster junto a reyes y notables. Allí descansan Charles Dickens, Geoffrey Chaucer, Samuel Johnson, Rudyard Kipling, Isaac Newton, Charles Darwin y tantos más. En España, por el contrario, todavía desconocemos, o dudamos en el mejor de los casos, si los restos hallados últimamente en el convento de las Trinitarias de Madrid son los de Miguel de Cervantes. Sabemos que no están solos, menos mal, pero la desidia que venimos señalando reside en primer lugar en quienes no tuvieron ningún escrúpulo en arrojarlos a la mescolanza de una fosa común: cosas de España... García Lorca, otra gloria de las letras españolas, yace sin localizar todavía en el barranco de Víznar, donde pereció asesinado: era poeta el granadino. El mejor, quizás, de nuestro siglo XX.

A Cervantes-Don Quijote, paradigma de España, le fue dado contemplar en el tiempo de una vida, la suya, la diástole súbita y la sístole pausada de su patria. El mismo año de su nacimiento (1547), Carlos V vence en Mühlberg a los protestantes; en 1557 tiene lugar la batalla de San Quintín; en 1563 se inician las obras de El Escorial; en 1565 tiene lugar el fracaso turco ante Malta; en 1571 la batalla de Lepanto y en 1574 la toma de Túnez y La Goleta. Y sin embargo se inicia la decadencia casi de inmediato con las sucesivas bancarrotas de los Austrias, con el secuestro de Cervantes como síntoma, con su encarcelamiento en Argel, con la independencia de los Países Bajos... Es de suponer que la derrota de la Armada Invencible en 1588 pudo dar el golpe de gracia a su posible optimismo (él mismo estuvo implicado en la aventura, siquiera fuese como recaudador de fondos); y faltaba todavía la derrota concluyente de Rocroi que acabó con la hegemonía de España en la Europa continental en beneficio de Francia. En Rocroi, región de las Ardenas, comenzaba a ponerse el sol de Flandes, según la expresión afortunada, aunque triste, de Eduardo Marquina. Allí, en 1642, los Tercios españoles surgidos de la reforma militar del Gran Capitán lo perdieron todo salvo el honor. El tono elegíaco de "A las ruinas de Itálica", de Rodrigo Caro (1573-1647) y del soneto "Miré los muros de la patria mía", de Quevedo (1580-1675), ambos contemporáneos de

Cervantes, no era pues gratuito. Eran sólo el aviso de una situación con final previsible. En ese siglo XVII, tan difícil para la Corona española, parecían congregarse todos los demonios de la historia: la crisis económica, las guerras europeas, la peste atlántica, la amenaza exterior de la piratería, el ascenso de la hegemonía inglesa y francesa y el progreso del protestantismo en los dominios europeos de la Corona. Era el principio del colapso de una aventura nacional imposible, de la cual eran evidencia las sucesivas bancarrotas y el principio del agotamiento militar.

El Quijote viene a ser la Biblia española, o su evangelio según Unamuno, pero no sólo porque sea el libro más traducido después del Libro por antonomasia, sino porque es donde, aun de manera indirecta, se describe con mayor propiedad el galimatías esencial de España y de su historia. Ahí están los perfiles que nos caracterizan (raciales podríamos decir con la venia de lo políticamente correcto), favorables algunos y desfavorables otros, que de todo hay. Cervantes pues, acaso sin ser plenamente consciente de lo que lleva entre manos, retrata en el Quijote al hombre español y a la sociedad española de todos los tiempos⁶. Ojalá se hubiera decantado más decididamente por la descripción de las potencialidades individuales y colectivas que habían llevado a la vieja Iberia a la cima de la Historia. Él mismo las había visto y practicado en los años más tempranos de su vida; y sabía que estaban allí, soterradas, vitales y latentes aunque en estado de letargo. Pero ahora es Don Quijote la evidencia de que aquellas virtudes sólo podían tener cabida en la mente de un loco porque la sociedad en su conjunto iba por otro lado. La descripción épica de las virtudes ibéricas –otros lo habían hecho anteriormente, e incluso en el siglo de Cervantes⁷- hubiera aportado un motivo para la esperanza en aquella sociedad desnortada y en la de los siglos posteriores, incluido el XXI; pero ¡oh fatalidad!, las páginas del Quijote son sobre todo el retrato de una decadencia y la representación exacta de un fiasco histórico y personal de quien pretende nadar a contracorriente y remar a contra historia. El Quijote representa en definitiva el fracaso de España, el fracaso anunciado de la Iberia total y el crepúsculo de un ideal seguramente trasnochado. Para Ramiro de Maeztu, don Quijote, al rechazar al final de su existencia todo aquello por lo que ha vivido y luchado pone en el alma española

⁶ En otra obra nuestra, “El Quijote como teoría de la elevación”, publicado en Anales RADE, se sustenta la afirmación de que es el personaje, Don Quijote, el que “tira del autor”, Cervantes, desde que éste descubre al principio de la Primera Parte las posibilidades inmensas que le ofrece. Es entonces cuando Cervantes abandona la intención burlesca, la sátira contra los libros de caballerías y el perfil grotesco del personaje que es en principio Don Quijote, para tomar la deriva que conocemos.

⁷ Junto al Cantar del Mío Cid, “El Laberinto de la Fortuna, de Juan de Mena y el espléndido “Os Lusíadas” de Camoens, cabe mencionar una larga serie: “La Austriada”, de Juan Rulfo; “Las lágrimas de Angélica”, de Luis Barahona de Soto; “La Araucana”, de Alonso de Ercilla y el “Montserrate” de Cristóbal de Virués, mitad religioso y mitad épico. Existen dos obras escritas en las Indias: “La Cristiada”, de Diego de Ojeda y “El Bernardo” de Bernardo de Balbuena.

la duda acerca del valor del idealismo, y por eso mismo considera al libro de Cervantes el retrato exacto de nuestro declive⁸.

El eminente cervantista Astrana Marín anuncia por su parte que “El Quijote es un libro que en el siglo XVII fue saludado como una carcajada; en el XVIII con una sonrisa y en el XIX con una lágrima”⁹. Pero esto ya lo había afirmado Miguel de Cervantes en el capítulo III de la Segunda Parte, y en este momento el autor de estos renglones según su experiencia y con la modestia que corresponda.

Es verdad que el Quijote me llegó muy pronto. Fue en la escuela primaria y en edición no tan reducida, justo es decirlo. Lo leí como el libro de aventuras apasionante que ya dejan traslucir los primeros renglones. Aquella lectura era compatible, ahora lo sé, con la de los cómics (tebeos), tan populares entre los niños del siglo pasado, seguramente porque ambas expresiones o formatos compartían aspectos esenciales y asequibles para las mentalidades infantiles: la exposición clara de valores, la gesta del héroe casi siempre en solitario –el capitán Trueno, Roberto Alcázar, el Cachorro, el Guerrero del Antifaz y tantos más eran también quijotes a su manera-, la individualidad heroica, la adoración hacia la dama del héroe (Sigrid es la dulcinea del Capitán Trueno), la sugestión visual e imaginativa... La segunda lectura, ya en los años del bachillerato, me permitió descubrir otro mundo más culto y complejo pero igualmente fascinante donde era posible entrever otra realidad más profunda y distinta...; y seguimos leyendo, ya en plena madurez, por si fuera posible descifrar desde nuestro punto de vista el último trasfondo, sus motivaciones última y primera, su metafísica si decirse pudiera, el motor inmóvil que impulsó toda la estructura de la novela (tan semejante a la propia de las muñecas rusas) con la esperanza, no obstante, de que el Quijote deje de ser tan diagnóstico del mal de España como profético de su destino. Y en ello estamos, cada vez más escépticos de poder abarcar, siquiera de manera significativa, la riqueza interpretativa que quiso dejarnos Miguel de Cervantes Saavedra, que tal es su intuición y grandeza.

4. LOS TEXTOS RELIGIOSOS Y LOS LIBROS DE CABALLERÍAS: *Credo quia absurdum*

Las aventuras del caballo de madera y de la condesa Trifaldi, descritas en un capítulo fundamental de la Segunda Parte, el XLI, nos permiten adentrarnos en una clave del pensamiento de Cervantes desde el objetivo formal que se enuncia al principio de este trabajo. Aquí, su agudo ingenio y su forma crítica de deslizar hondísimos contenidos bajo la apariencia de lo frívolo nos fuerzan a interpretar

⁸ R. DE MAEZTU. Ante las fiestas del Quijote. Artículo en Alma Española. Madrid 1903.

⁹ J.A. MONROY. En un cruce de caminos. Ed. Noufront. Tarragona 2011

desde otros supuestos el mensaje que dejan entrever las primeras apariencias. Considérese en principio que ridiculizar en aquel momento o hacer burla de los pilares ideológicos del sistema era tanto como apostar por lo imposible. Hacerlo incluso de manera críptica o forzando una segunda lectura era también un andar a pie descalzo sobre el filo de la navaja, pero para Cervantes no había más alternativa para llevarlo a cabo, únicamente que a través del discurso de un loco y de las ocurrencias de un destripaterrones analfabeto y lerdo, aunque ingenioso. Ésa era su coartada a la hora de descargar el carcaj de la crítica sobre la creencia en unos cuantos preceptos, leyes y obligaciones impuestas por el estatus: la fe ciega y obligatoria en unos principios inamovibles donde era la Iglesia la principal intérprete y administradora.

Es verdad que esta situación no era exclusivamente española, pero no lo es menos que es en España donde cobra su expresión más extrema entre los países católicos. Aquí, el dogma como representación y referente de la vida y del pensamiento no queda confinado en lo estrictamente religioso sino que impregna de inmediato a todos los ámbitos de la actividad humana. No es extraño pues que sea un loco, Don Quijote, el paradigma de quien otorga veracidad a lo imposible o disparatado: *credo quia absurdum*, podría decirse¹⁰.

El dogma es el blindaje de la idea cuando ésta es irreductible a cualquiera de los postulados de la razón y a los dictados de la lógica. Una de las características más contestadas del cristianismo, y en general de las doctrinas fuertemente dogmáticas, es precisamente la irracionalidad del dogma como criterio de credibilidad. Pongamos por caso que la gestación virginal de Jesucristo, así como su muerte y resurrección como hijo de Dios puede ser creíble porque es contradictoria, y cierta porque es imposible. No hay alternativa.

La crítica de Cervantes al estado de cosas se realiza en clave de burla a través de la creencia por parte de Don Quijote en los mayores disparates. Nos hallamos pues ante la imagen y representación perfecta del *credo quia absurdum* en una sociedad acostumbrada a comulgar con ruedas de molino, si se nos permite la expresión, e incapacitada a su pesar para separar el grano de la paja.

El *credo quia absurdum* viene a ser, por tanto, el lugar común de las creencias y supersticiones más disparatadas, lo mismo en el mundo de la superstición, *stricto sensu*, que en el religioso. En uno y otro caso, todo lo que se enuncie o afirme puede tener la misma credibilidad y desde parecidos fundamentos. Parecidos decimos,

¹⁰ Esta máxima o sentencia, atribuida originariamente a Tertuliano (siglo II de nuestra era) exalta y prioriza el valor de la fe ciega frente a la razón humana. El fideísmo, en su versión más radical, lleva directamente al rechazo del conocimiento racional como la única vía posible: sólo la fe puede dar sentido a lo imposible: el *credo ut intelligam* de san Agustín y san Anselmo.

porque a la hora de la verdad existen diferencias importantes si se les pone en relación con la fuente de autoridad. El tener como fundamento un texto real o supuestamente revelado por Dios repugna menos a la razón que la referencia a hechos o entidades creados por la humana fantasía: los encantamientos; los magos y los muertos vivientes de la cueva de Montesinos, la sarta inmensa de disparates en el castillo de los duques; el mundo de los brujos, endriagos, encantadores, quiromantes, nigromantes...

El Quijote es la reacción solapada contra la credulidad exagerada de la época en sus manifestaciones más extremas donde la crítica se ejerce por igual sobre las extravagancias y devaneos de los libros de caballerías y sobre los excesos y teatralidades de la práctica religiosa. Y a partir de aquí una cuestión: ¿sería posible establecer alguna relación causal entre la mentalidad supersticiosa y la imposición dogmática religiosa desde la lectura del Quijote? La respuesta no puede ser concluyente, aunque parece razonable admitir que la exacerbación de la imposición dogmática puede allanar el camino de la superstición, pero no inducirla necesariamente. Muchos se han pronunciado acerca de la componente supersticiosa de las religiones, pero no entraremos en ello más allá de cuanto recaba este trabajo. Nos basta en principio con admitir la inclinación del ser humano hacia la superstición, omisión hecha de los tiempos, culturas y religiones. Los encantamientos como explicación del sinsentido o la superchería, los magos y los muertos vivientes de la cueva de Montesinos, y la sucesión de desvaríos en el castillo de los duques no son sino la visualización de algo tan primitivo como el recurso a la explicación mágica para entender lo que es y se percibe pero no se sabe. Aún así, no parece razonable afirmar la identidad completa entre las religiones como explicación del mundo con la naturaleza y objetivos de la superstición, que si alguna respuesta pretende no será sobre lo trascendente o elevado sino sobre algo más ramplón y menos elaborado intelectualmente. Lucrecio, Feuerbach y Bergson, parecen apuntar hacia esa idea. El problema que intentamos acotar no reside por tanto en la existencia de la religión y de la superstición por separado sino en la coexistencia de una y otra en Don Quijote como representación de una realidad o tendencia. Incluso en nuestros días es visible el fenómeno tanto en creyentes como en personas que se ven a sí mismas como agnósticas o no creyentes.

Benedicto XVI, actual papa emérito y teólogo eminente, reconoce que "en la religión hay patologías altamente peligrosas, pero también patologías de la razón"¹¹. Estamos seguros de que no le falta razón en uno y otro aserto, pero son las patologías de la razón las que interesan en este momento al ponerlas en relación con Don Quijote. El propio Francisco de Goya nos lo pone en bandeja en uno de sus

¹¹ J. RATZINGUER. Europa. Raíces, identidad, misión. Ciudad Nueva, Madrid 2005, 80

aguafuertes más célebres, críticos y aleccionadores: “El sueño de la razón produce monstruos”. Es verdad que pueden ser varias las interpretaciones al respecto, pero acuden de inmediato algunas posibles, y la primera es que Goya nos previene sobre las consecuencias que acarrea el abandono de la racionalidad, instándonos a vivir en la realidad antes que en los sueños. Cuando dimite la razón, cuando se sesteaba o dormita indolente, todo lo irracional despierta y toma cuerpo: los miedos, los terrores atávicos, las pesadillas, los engendros... El amplio mundo de los fantasmas y demás espectros o seres imposibles se abaten sobre el entendimiento cuando se halla desprovisto del escudo o filtro de la razón. Pero Goya, a principios del XIX nos previene además sobre la deriva que podrían tomar las sociedades y el ser humano cuando se abandona el ejercicio correcto de la inteligencia. La razón, no sujeta a la brida de la prudencia puede llevarnos al lugar impensado donde lo que debería ser herramienta de nuestra liberación deviene arma de nuestra esclavitud. No andaba errado el pintor de Fuendetodos ni los que, como él, intuyeron el mismo fenómeno en épocas distintas. Últimamente, el joven cineasta español Alejandro Amenábar abunda sobre lo mismo en su espléndido film “Regresión”, pero es Goya en primer lugar quien nos advierte con plena lucidez que cuando los hombres renuncian a lo racional, toda visión o superchería no sólo es posible sino seguramente inevitable. Cabe sin embargo otra interpretación, también posible, si consideramos el entorno donde se fraguó la intuición del pintor aragonés. Nos referimos al disparate monstruoso que representa la orgía de sangre y destrucción adonde había llegado algo tan racionalmente elaborado como la filosofía del XVIII, las ideas de la Enciclopedia y de la propia Revolución Francesa en su etapa jacobina. Incluso en la etapa napoleónica que vivió Goya y padeció de manera tan directa; pero añadimos por nuestra parte que también las ideas mesiánicas del siglo XX (fascismo, nazismo, comunismo, radicalismo islámico, etc.) son, a nuestro juicio, la evidencia de lo que quisieron advertirnos Francisco de Goya y Miguel de Cervantes, cada cual a su manera. Y la cuestión deviene obvia: ¿estaban ambos genios en la misma sintonía? Nuestra respuesta no puede ser sino positiva, prudentemente positiva.

Don Quijote es el ejemplo más acabado de la fe en el absurdo, y en este caso en el disparate de los libros de caballerías, que él conoce sobremanera. Los libros de caballerías son para él fuente de autoridad en su cosmovisión caballeresca y fantástica, comparable en cierto modo a como lo son las Sagradas Escrituras para el creyente que es también Don Quijote. Más adelante intentaremos una aproximación a la religiosidad *sui generis* de Alonso Quijano, donde será posible hallar alguna de las claves de sus actos y meditaciones. En ella tienen cabida desde el cripto judaísmo más o menos explícito hasta la mentalidad del cristiano nuevo que era su autor¹².

¹² EISEMBERG, D. La actitud de Cervantes hacia sus antepasados judíos, Ponencia presentada en el congreso “Cervantes y las religiones”, Universidad Hebrea de Jerusalén, 2005.
MEDINA, ANTONIO. Cervantes y el Islam, El Quijote a cielo abierto, Editorial Carena, Barcelona, 2005.

Pero algunas cuestiones insoslayables al hilo del discurso: si fuera posible el conocimiento desde presupuestos irracionales o dogmáticos, ¿qué absurdo, qué disparate no tendría cabida en la cosmovisión alucinada de Don Quijote? ¿Qué imposible no dejaría de serlo cuando se acepta sin más la existencia de alguna fuerza o agente, más allá de lo humano, capaz de vulnerar las leyes de la naturaleza y de la lógica? Todo es posible entonces, nos respondemos: volar por los aires a velocidades impensables; cubrir miles de leguas en apenas media hora; paralizar el tiempo; trocar una labradora en princesa y un largo etcétera de situaciones cada cual más absurda. En una primera aproximación, los hechos descritos en los libros de caballerías pueden ser tan posibles como los milagros y las apariciones celestiales que nos muestran de manera tan sublime como didáctica los pintores y escultores contemporáneos de Cervantes. No existe pues diferencia alguna en lo esencial. Lo anómalo es que ambas referencias o representaciones puedan darse simultáneamente y no sólo en la persona de un hidalgo alucinado sino en el común de la sociedad española.

La sátira de Cervantes es al respecto demasiado sutil para ser percibida de inmediato. El autor del Quijote no dirige los dardos sólo contra los libros de caballerías ni contra la capacidad infinita de Don Quijote para hallar explicación a todo lo que le acontece con el recurso al encantamiento; lo que hace Miguel de Cervantes es trasladar esa misma realidad a la sociedad de su tiempo, la misma que en parecidos contextos y con iguales tragaderas busca explicación para todos los absurdos en la intervención sobrenatural, aunque ésta se halle en contradicción con la razón y la evidencia.

Llegados hasta aquí, fijaremos nuestra atención en las dos literaturas paralelas, la andantesca en decadencia y la religiosa en auge forzado, para que cobre sentido el episodio de la quema de los libros de caballerías descrito en la Primera Parte. No queremos olvidar en modo alguno la espléndida floración de la literatura mística en tiempos inmediatamente anteriores, pero la mística es además de elevación (incluso física), una vía de escape de las realidades de este mundo. Hasta mediados del siglo XVII escasean los creadores místicos ante el auge de los teólogos: Padre Luis de la Puente (1554-1624), Fray Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658) y el heterodoxo Miguel de Molinos (1628-1696).

La quema de libros, además de simbolizar la ruptura definitiva con la impostura caballescaca, prefigura un fenómeno tan reiterado como tristemente célebre en todas las inquisiciones que en el mundo han sido; o en la peor de todas: la absoluta que es y representa el Estado totalitario de los siglos XX y XXI. "Fahrenheit 451", de Ray Bradbury, es quizás la mejor recreación literaria y cinematográfica de este fenómeno.

Cervantes se nos muestra extremadamente sutil al decidir de manera tan trascendente como simbólica la eliminación apenas discriminada de toda fuente de superstición, sea cual fuere su naturaleza –el ataque a los procesionantes es otra evidencia-¹³. Para Cervantes es necesario acabar de una vez por todas con la causa del mal, convencido seguramente de que cuando sucumbe el pensamiento lógico surge de inmediato el sustitutivo. El entramado de las religiones se urde en gran medida con milagros y el mundo de la superstición con los encantamientos y demás fantasías caballerescas. Importa menos por tanto que la causa inmediata o próxima sea el miedo cerval y siempre justificado ante la vigilancia y los procedimientos extremos de la Inquisición; o que el Santo Oficio fuese tan aficionado a quemar bibliotecas desde mucho antes. El pintor Pedro Berruguete nos lo muestra de manera muy precisa en su célebre cuadro “Auto de fe”, pintado hacia 1500. Más tarde, en 1856, el poeta alemán Henrich Heine nos anticipa igualmente en frase lapidaria la secuencia fatal entre el “holocausto” de los libros en la Alemania nazi y el Holocausto, con mayúscula, de los judíos europeos en los campos de exterminio: “Donde se queman libros –decía- se termina quemando hombres”. No nos cabe ninguna duda que el poeta alemán conocía la historia de la quema de brujas y de herejes en la Europa convulsa de las guerras de religión. La novedad estriba en ambos casos en la relación *post hoc ergo propter hoc* entre la quema de libros y la quema de personas, únicamente que en el cuadro del pintor español la quema de los libros y de los hombres tiene lugar en el mismo auto de fe.

El “Martillo de las Brujas” (*Malleus Maleficarum*) era todavía en tiempos de Cervantes el escrito más importante de entre los publicados en torno al mundo de la brujería. Era éste un tratado amplio y detallado sobre la caza de brujas, publicado en Alemania en 1487 y difundido por toda Europa durante, al menos, doscientos años. Es seguro por tanto que Cervantes estaba al tanto de su vigencia, y por ello parece razonable entender por qué no abundan en el Quijote las alusiones directas al mundo de las brujas o de la hechicería. Y la conclusión es obvia: unas y otros se encuentran perfectamente representados en los encantadores y otras entidades de similar naturaleza. Lo que sí parece cierto es que lo demoníaco y la hechicería merecen de Cervantes la burla más desconsiderada. Lo sucedido en la cueva de Montesinos y el episodio de Clavileño en el palacio de los duques lo muestran sobradamente. Clavileño quiere significar muchas cosas a este respecto, aunque aparente en principio un *test* por parte de los duques para saber hasta dónde puede llegar la fe ciega de Don Quijote, tan próxima ya al fanatismo sólo concebible en la locura plena que conocían por haber leído en su momento la Primera Parte. El suceso representa una vuelta de tuerca en torno al disparate, una vez comprobado por aquella caterva ociosa cómo, hasta el momento, han “colado” sin problemas el embuste de la dueña dolorida, el de las dueñas barbadas, el de don Clavijo y la

¹³ Capítulo LII de la Primera Parte.

infanta Antonomasia. Lo más sorprendente de este “test” o prueba es la ausencia de reacción alguna en el hidalgo manchego al no haber hecho acto de presencia el gigante Malambruno, así como la inexistencia de cualquier amago de asombro o de desconfianza ante el embuste del caballo de madera. Y sin embargo cabe introducir alguna reserva por nuestra parte a la hora de aportar alguna explicación razonable. La verdad en primer lugar es que el hidalgo quiso pasar por alto algo simple como esto: que era imposible tener a mano a algún personaje por alta que fuera su talla, alguien que pudiera “dar el pego” siquiera por comparación remota con los gigantes de los libros de caballerías, grandes todos ellos como molinos de viento. Otro es sin embargo el caso de Clavileño. La patraña del caballo de madera tenía otra coartada más creíble, por no hablar del lejano caballo de Troya del poema homérico. Don Quijote es el alma cándida que todo lo acepta de una u otra manera. O no del todo seguramente, porque es justamente la burla de Clavileño lo que marca la posibilidad y el límite de sus “tragaderas”. O dicho de otra manera: Cervantes nos quiere indicar que a pesar de todo, incluso cuando la racionalidad se halla bajo mínimos, todavía es posible poner en cuestión la explicación irracional cuando anda por medio algún atisbo de duda; y esa duda se le plantea a Don Quijote en ese mismo momento, exactamente igual que en la cueva de Montesinos con sus alucinaciones disparatadas. Lo que sucede ahora es que en el episodio de Clavileño, la duda tiene un fundamento, real o no, próximo o lejano pero capaz en cualquier caso de bloquear cualquier decisión. Nos referimos a la experiencia del mago Torralba, que conocía seguramente Miguel de Cervantes. El caballo volador de los duques era pura superchería, decíamos, pero tenía al menos su justificación en aquellos hechos conocidos y tenidos como ciertos en determinados ámbitos de la sociedad. El supuesto viaje aéreo a Roma, ida y vuelta, realizado por el licenciado Torralba sobre otro caballo o artilugio de madera en una sola noche era ampliamente comentado en determinados círculos de la sociedad de entonces.¹⁴ El mago de Cuenca ejemplifica a la sazón la pervivencia de la magia, de la superstición y de la hechicería cuando el espíritu racionalista comenzaba a extenderse por toda Europa desde la Francia de Descartes; incluso por la misma Roma, donde buscaba Torralba la protección del obispo Volterra, un personaje intrigante, culto y dado también al esoterismo. Pero Roma era también trampa y espejismo, más que oasis de tolerancia en cuanto a las prácticas esotéricas. No tardarían en comprobarlo quienes, confiados en aquella apariencia, cayeron al final en las garras de la Inquisición, incluido el mismo Eugenio Torralba.

Pero existe otro episodio con parecido fundamento y digno de tenerse en cuenta. Nos referimos a la cabeza parlante de don Antonio Moreno, con quien se

¹⁴ Cervantes proporciona cumplida referencia en el capítulo XLII en torno al licenciado Torralba, el mago y nigromante nacido en Cuenca en 1485.

topó Don Quijote en el mismo viaje a Barcelona y no demasiado lejos, en el relato, del palacio de los duques.

Cervantes acostumbra a no dar “puntada sin hilo”, valga la expresión, en los diferentes capítulos del Quijote, de tal manera que el embuste de la cabeza parlante no deja de plegarse a los mismos fines y desde los mismos criterios que el resto de las patrañas y embustes: hacer creíble ante los espectadores o visitantes de la casa de don Antonio Moreno lo que era también atrezo y superchería. Se reproduce pues la misma situación del caballo de madera, pero sobre todo la misma industria del retablo de maese Pedro, únicamente que nos hallamos en este caso ante un teatro de títeres que la locura de Don Quijote percibe como real. Cervantes se retrotrae a la dinámica de la Primera Parte donde no existe intención de engañar en la mayoría de los episodios donde Don Quijote sale tan malparado. Es su percepción alucinada lo que origina el conflicto. En la Segunda Parte, por el contrario, la causa se transfiere a la crueldad consciente y extrema que es y representa la actitud de los duques y de su corte ociosa al valerse de un loco para chanza y jolgorio. Ésta es la tónica general, con la salvedad del retablo de maese Pedro.

Las cabezas habladoras no eran nuevas en la historia ni en la tradición popular, como el caballo de madera ya mencionado. Se tiene noticia de “autómatas” desde al año 62 de nuestra era, nada menos, aunque es a partir del siglo XIII cuando se sabe que existen cabezas parlantes en el Occidente cristiano. El conde Roberto de Artois, por ejemplo, tenía una amplia colección en el palacio de Hesdin-l'Abbé (Paso de Calais); y del mismo período son la cabeza parlante de Robert Bacon y el “hombre de hierro” de Alberto Magno. El “gallo de Estrasburgo”, otro ingenio mecánico, funcionó en la torre de la catedral desde 1352 a 1789. El gallo, que formaba parte del reloj, es el ejemplar mecánico más antiguo de los conservados, aunque conviene tener presente el león mecánico de Leonardo da Vinci (1515) como prototipo de los artefactos mecánicos del Renacimiento y posteriores. Además de estos antecedentes, Cervantes conocía también la cabeza mecánica fabricada por un estampero madrileño. Él mismo la había visto en la capital del reino.

Llegados a este punto, intentaremos establecer la conexión entre los diversos episodios en el viaje a Barcelona, así como las proyecciones que procedan.

El viaje de Clavileño es un nuevo retablo de las maravillas en el gran teatro del mundo (Calderón *dixit*) donde transcurre nuestra existencia. Don Quijote, caballero sobre Clavileño y con los ojos vendados, viene a ser arquetipo del español de entonces, aunque de sorprendente actualidad entre los hombres y mujeres del siglo XXI. En nuestros días perduran los mismos déficits que describiera Cervantes y hasta parecidas renunciadas a la lógica en amplísimos sectores de la población, víctimas en este caso de los nuevos encantadores tecnológicos (nuevos retablos de

maese Pedro). Me refiero, obviamente, a los *mass media*, únicamente que los medios actuales de persuasión y adoctrinamiento masivo son infinitamente más poderosos que los rudimentarios del siglo XVII. En aquel momento, el aparato de propaganda y control quedaba reducido en la práctica a los libros permitidos por el *Index*, para las clases letradas; y para las demás el púlpito, de asistencia y audición obligatoria al menos en los días de precepto. En los siglos XX y XXI, los medios de control social son aparentemente más inocuos y hasta divertidos, pero igualmente embaucadores y perniciosos para el pensamiento libre y para el sentir individual y colectivo. En los sistemas totalitarios se alcanzan niveles de verdadero paroxismo, pero también en nuestros sistemas democráticos es permanente la tentación de mantener el control efectivo de la gran herramienta de manipulación que son los *mass media* en general y los audiovisuales en particular.

El mensaje que dejan traslucir los episodios de Clavileño y de la cabeza parlante es la sátira implacable contra la pérdida del discernimiento cuando naufraga la inteligencia en un galimatías de falsas nociones. Esta sátira, sin embargo, no permanece en el hecho mismo ni en los planteamientos de la novela caballeresca sino que transita *velis nolis* hacia el fenómeno paralelo de la milagrería, tan presente en el imaginario colectivo de entonces y posterior. La literatura, y el arte sobre todo, son en este caso los agentes inductores de esa creencia por obra de algún mecanismo de realimentación en *feed back*, que efectivamente existe. Las gentes demandan cosas acordes con lo que creen (artes plásticas y literatura, en primer lugar) al tiempo que lo demandado o producido incrementa la creencia. Lope de Vega es de claridad meridiana a este respecto.

La sátira y la crítica son intencionadas en Cervantes porque, seguramente para él, la milagrearía era a la literatura religiosa lo que los encantamientos a los libros de caballerías. Don Quijote y Sancho, con los ojos vendados sobre Clavileño representan en primer lugar a la alienada humanidad bajo el influjo totalizador de la fe: de la fe ciega (o del carbonero, que también se dice); pero significa sobre todo lo fácil que resulta hacer chanza, juguete y objeto de manipulación de quienes se prestan a abdicar de la razón sin apenas resistencia. En el momento de la esperpéntica cabalgada sobre Clavileño, hubiera bastado a Don Quijote alzar un poco la venda que le cubría los ojos para descubrir la superchería, pero no lo hace. El hidalgo manchego no se atreve, o simplemente no quiere que un hecho tan simple pudiera aventar como un castillo de naipes lo que era su historia e ideal desde la primera salida. Don Quijote sobre Clavileño sospecha algo raro, pero prefiere darse por engañado como mal menor ante la alternativa de que caigan sobre él los escombros de su propia fantasía, de su mundo, de su utopía... Sí lo hace Sancho, quien ante la sospecha del engaño o la burla se levanta la venda, pero tampoco

quiere darse por enterado no venga a quebrarse el gobierno de la ínsula que ya le había prometido el duque.

Visto el párrafo anterior, no queda sino concluir que, en esta ocasión al menos, se impone el pacto tácito entre el caballero y el escudero en su particular convergencia de intereses. Don Quijote duda que sea cierto todo lo que había visto en la cueva de Montesinos, de la misma manera que sabe igualmente, o sospecha, lo que Sancho ha visto en el embuste del caballo volador, así que mejor no meneallo. Se impone pues el pacto tácito. Una cosa y la otra deben ser disimuladas para mantener la farsa, urdida también por ambos y ahora tan pendiente de un hilo. Y termina Don Quijote con un “Y no digo más”, dirigido a Sancho, que bien podría traducirse por un *intelligenti pauca*.

Cervantes apunta aquí de manera tan sutil como certera hacia el mecanismo que hace posible la perduración de los estatus, en su época y en todas las épocas. Más adelante, el nobel español Jacinto Benavente daría cumplida réplica del mismo fenómeno en “Los intereses creados”, un ritornelo afortunado y genial, a nuestro modo de ver, de lo que ya insinuara Cervantes en el siglo XVII.

No es éste, empero, ni el primero ni el único caso en el largo interregno de la racionalidad: hacía ya un siglo que los inquisidores tampoco quisieron ver las irregularidades de la luna a través del catalejo de Galileo. Así lo dan a entender la directora de cine italiana Liliana Cavani, Joseph Losey y Bertolt Brecht¹⁵. Es probable que todo pudiera haber sucedido como reflejan estos autores, los archivos, al menos, no desmienten la tendencia sino todo lo contrario. Más adelante, el almirante Nelson tampoco quiso mirar por el catalejo el despliegue de la armada franco-española en la batalla de Trafalgar. O sí, ciertamente, pero colocándose el artilugio en el ojo tuerto. “No hay más ciego que el que no quiere ver”, dice el refrán, aunque justo es reconocer que los hechos dieron la razón por esta vez al héroe británico.

5. EL *COMPTENTUS MUNDI* EN EL QUIJOTE

El Quijote es una sabia mescolanza de “préstamos” (que algunos pudieran llamar plagio), de experiencias vitales y de hechos sucedidos tiempo atrás, sin que ello fuera obstáculo para su inclusión como contemporáneos de la aventura del hidalgo. Paradigma de esta práctica es el episodio de las bodas de Camacho. Los hechos que se narran en el capítulo XXII le fueron relatados a Cervantes por el novicio trinitario fray Antonio de Munera durante el cautiverio de ambos en Argel. Es de suponer que fray Antonio y Cervantes intercambiaron experiencias, vivencias e historias sobre sus vidas durante ese tiempo, incluido el episodio de las Bodas de

¹⁵J. LOSEY. Galileo. Película sobre la obra de Bertold Brecht. 1974

Camacho acontecido tiempo atrás en el pueblo natal de fray Antonio, lo cual no fue obstáculo para que lo incorporara Cervantes a la Segunda Parte como si hubiera tenido lugar en el tiempo de Don Quijote.

El estudioso munereño Enrique García Solana¹⁶ ubica las bodas en un prado al oeste de Munera, localidad albaceteña del Campo de Montiel. Afirma el autor que el episodio tuvo lugar allí mismo, aunque es de suponer que el espectáculo de las Cortes de la Muerte, y demás liturgias y representaciones son invención de Cervantes, que de esta manera da rienda suelta a sus fantasías renacentistas a modo de enlace con la cultura del barroco, que eso es también el Quijote.

Otros estudiosos del libro afirman que Cervantes incluyó en este episodio algunos personajes reales, como don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, un poeta preso anteriormente en Valladolid quien, acaso por esta causa, manifiesta su pesar porque su propio hijo le ha salido poeta, representación para él de todas las desgracias. Cervantes no sólo constata en este episodio la situación de los hombres de letras de su siglo (él mismo ha vivido sus rencillas y amarguras, muchas de ellas a manos de Lope de Vega), sino al mismo tiempo algunas de las causas. Sin él quererlo probablemente, profetiza una condición permanente, estructural dijéramos, de la cultura en la España de todos los tiempos y no sólo hasta el siglo de Larra, porque los mismos vicios y los malos usos continúan y de qué manera hasta nuestro siglo.

Es genial el diagnóstico de Don Quijote acerca de las justas literarias de entonces, homologables punto por punto a las de nuestros días, donde la calidad literaria importa menos que la cuenta de resultados o el beneficio del paniaguado. El diálogo entre Don Quijote, don Diego de Miranda y su hijo don Lorenzo da pie a Cervantes para expresar su crítica y conocimiento en torno a la literatura, a la poesía en concreto y a las justas literarias, de cuanto cabe deducir que los tiempos han cambiado poco en estos menesteres. Las actitudes paramafiosas en los premios o concursos literarios de cierta enjundia tienen ya en el Quijote una referencia cierta, pero sobre todo una espléndida buena salud en la España de nuestros días¹⁷.

En el mismo capítulo se explaya Cervantes en torno al *comptentus mundi* valiéndose del dilatado coloquio entre Don Quijote y don Lorenzo. Es aquí donde

¹⁶ E. GARCÍA SOLANA. Munera por dentro. E. García Solana. Ed. Diputación Provincial. Albacete 1972

¹⁷ Pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, a mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se le lleva el favor o la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades.

queda suficientemente claro su desencanto y sentimiento en línea con el desencanto característico del barroco. Cervantes no hace burla del ideal caballeresco en sí, lo que pretende al ridiculizar los libros de caballerías es significar que ese ideal nunca existió realmente sino en los libros. Miguel de Cervantes, escritor en tiempos de barroco, vive en un mundo que ha empezado a dudar de que la misión histórica de España esté ya en la línea de la Providencia, o simplemente acorde con el devenir de la Historia. La larga serie de las derrotas militares que comienzan ahora en sintonía con los primeros síntomas de debilidad militar, los desastres económicos y la postración social ofrecen motivos sobrados para la duda, que eso es esencialmente el Quijote a lo largo y ancho de su argumento: teoría del desencanto y expresión de un conflicto entre dos siglos escindidos, y del conflicto entre la fe y la razón que comienza a abrirse paso hacia el racionalismo y la Ilustración del siglo siguiente. El Quijote es la crítica solapada al ideario obsoleto sobre el que cabalga España hacia su ocaso, pero es sobre todo la burla desesperanzada de un moralista esencial en torno a Utopía y Arcadia. El Quijote es la crítica inteligente y anticipada de los disparates de Goya el aragonés, del esperpento del gallego Valle-Inclán, de la mascarada del vasco Gutiérrez Solana y de la burla desazonadora en el “Bienvenido míster Marshall” del valenciano Berlanga. Don Quijote de la Mancha, representa en definitiva la desintegración de Arcadia y Utopía, los dos ideales renacentistas ya caducos. Pero no es el único: también la humorada literaria tiene nutrida representación en España pese a sus orígenes italianos. La “Loa de la Pulga” de Gutierre de Cetina; “la Mosquea” de Villaviciosa y la “Gatomaquia” de Lope de Vega son algunos ejemplos, de entre muchos. Los héroes ya no son hombres ni titanes sino pulgas, moscas o gatos; así que frente a esta muerte del héroe, literaria o no, no es casual que tras el fracaso y derrota del héroe Don Quijote en una playa de Barcelona empiece a considerar el hidalgo –también Sancho, que algo intuye- la renuncia a ser caballero andante para hacerse pastor en una Arcadia ya inexistente.

El episodio de Clavileño, el volador caballo de madera, delata en la sutil intención didáctica de Cervantes que ya no existen para él ni Arcadia ni Utopía, dos de los referentes fundamentales del optimismo renacentista, y que se impone en consecuencia el retorno a la realidad: hay que descender de las alturas que llevan al reino también inexistente de Candaya y tomar tierra por penoso que resulte, aunque sea con las barbas chamuscadas y entre humaredas de pólvora, truenos, rayos y centellas.

Una visión comparada de Cervantes, Goya, Gracián y algunos más nos lleva a la conclusión de que todos ellos tuvieron alguna intuición acerca de lo que acabaría desvelándonos el siglo XX. Les bastaba con el conocimiento del ser humano de su tiempo para sospechar la condición permanente de los españoles, cuando no del entero género humano.

Las mismas causas producen de ordinario los mismos efectos, y entre las primeras el dogmatismo, sea éste religioso o laico, aunque en el siglo pasado esa misma condición tomara la deriva hacia los nuevos mitos cuando las religiones comenzaban a caer en picado: la raza y el racismo, la nación y el nacionalismo en sus claves más radicales, la clase social y la lucha de clases... He aquí los nuevos mitos, por no hablar del más peligroso de todos: el fundamentalismo que afecta en nuestros días a las sociedades islámicas, cuya deriva no invita precisamente al optimismo. Cervantes pues tenía razón, y también los demás mencionados si es acertada nuestra interpretación.

6. REFLEXIÓN FINAL

La biografía de Cervantes sería en sí misma argumento para una exitosa novela de aventuras (*best seller* en el anglicismo de nuestros días). Sólo con el relato de su experiencia, el Príncipe de los Ingenios hubiera tenido garantizado de antemano buena parte del éxito cosechado por el Quijote. Pero insertamos aquí algunas cuestiones a modo de recapitulación cuando estas líneas llegan a su final: ¿hasta qué punto es el Quijote mero trasunto de la biografía de su autor? ¿No es acaso mucho más que el retrato de una época? ¿Es el Quijote un desiderátum *a contrario sensu* desde la experiencia de su autor? ¿Es el anhelo de una España soñada que tenía tan poco que ver con la realidad que le tocó vivir? ¿O es acaso el íntimo pesar, el escozor íntimo de una patria a la que se ama tanto “porque no nos gusta”?

La expresión entrecomillada no es casual ni gratuita porque va a tener una larga trayectoria y precisa afirmación en los momentos más críticos de nuestra historia; o también de la historia de todas las patrias. Fueron muchos quienes lo sintieron y expresaron de una u otra manera. Por cuanto atañe a tiempos relativamente recientes traemos aquí la frase pronunciada por José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, a un año escaso del comienzo de la guerra civil¹⁸. Importa poco la ideología del autor. Otros de pensamiento incluso opuesto lo hicieron antes: Séneca, Bakunin y Heidegger, seguramente desde ópticas distintas aunque con la misma convicción y desde el mismo espíritu.

La biografía de Cervantes es ya novela de aventuras, decíamos, testimonio de vida, anhelo de lo imposible, añoranza de perdidos paraísos y de Arcadias

¹⁸ J.A. PRIMO DE RIVERA. "Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España".

Discurso sobre la revolución española. Pronunciado en el cine Madrid de la capital de España el 19 de mayo de 1935.

Disponible en: <http://www.rumbos.net/ocja/jaoc0117.html>

imposibles, retrato de una sociedad y expresión de una desesperanza, de una impotencia, de una derrota... Cervantes es soldado en Lepanto, cautivo en Argel, probable gigoló en Roma y Berbería, sospechoso de fraude y proxenetismo, marido infiel y una larga reata de hechos y condiciones que, de ser ciertos, nos pondría de bruces ante una personalidad nada convencional aunque apasionante. Miguel de Cervantes es un personaje contradictorio, como lo somos todos, como lo es el final de Don Quijote, el héroe reducido a la humanidad doliente y contrita de Alonso Quijano el Bueno. El Quijote de Cervantes es la última y más profunda reflexión en torno al drama oculto bajo la facies cómica o la vis esperpéntica del protagonista: triste esencialmente, enormemente triste el de la Triste Figura, agrio y patético...

Según Canavaggio, los sucesos de la etapa italiana del escritor comienzan a finales de 1569 cuando entra al servicio de Giulio Acquaviva, quien poco después sería nombrado cardenal¹⁹. Cervantes no permanecería a su lado durante mucho tiempo, quizás decepcionado o arrepentido por la naturaleza de las funciones que le tocó asumir, dice el autor. Conocidas las preferencias eróticas del cardenal, no es aventurado deducir cuáles fueron las funciones que con tanta sutileza señala Canavaggio. Éste, sin embargo, deja entrever que si Cervantes ejerció aquellas prácticas no fue por propia voluntad sino como instrumento de promoción social o de protección personal, o así lo entendemos. Sin embargo, no sería ésta la única ocasión ni tampoco la última, porque algo parecido volvería a sucederle durante su cautiverio en Argel a manos de Hassán Pachá, quien llegó a incluirle en su harén masculino. Es nuestra opinión, no obstante, que el hecho de que Cervantes tratara de escapar en varias ocasiones de aquel cautiverio da a entender que tampoco aceptaba de grado *-primum vivere-* aquellas prácticas que detestaba seguramente. Se reproducía, a nuestro entender, la misma reacción de la etapa romana frente al cardenal Acquaviva.

A la vista de estos testimonios es probable que Cervantes hubiera mantenido, de grado o por fuerza, alguna relación de esta naturaleza, sin que quepa deducir por ello que fuese necesariamente homosexual²⁰. Es esto hipótesis o conjetura por nuestra parte, pero sea cual fuere la respuesta, el hecho carecería en sí mismo de importancia y, en consecuencia, no debería haber ido más allá de la intimidad biográfica, salvo por una cosa: porque de saberse Cervantes en esa condición quedaría inmerso e indefenso *-mal sobre mal-* en la doble condición de neocristiano

¹⁹ A.CANNAVAGGIO. Cervantes y el Quijote. Los puntos controvertidos de la vida de Cervantes. Centro virtual Miguel de Cervantes.

Disponible en http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/encuentros/e_2004/e_2004_04.pdf. Madrid, 2004.

²⁰ EISEMBERG, D. La supuesta homosexualidad de Cervantes. Excelsior College

Disponible en internet. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-supuesta-homosexualidad-de-cervantes-0/html/ffd77c6e-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.html

y homosexual o bisexual (se le conocen múltiples relaciones con mujeres); y porque de haber sucedido las cosas de esta manera, esa doble condición podría haber influido en la escritura del Quijote y del resto de su obra con la exclusión y la reprobación social como determinantes del argumento.

En los tiempos que vivimos, tan desmitificadores de tantos personajes y de tantas cosas, justo es también que nos formulemos algunos interrogantes en torno a la biografía de Cervantes, porque es probable que coexistieran en él varias realidades no necesariamente incompatibles. Cervantes es el heroico soldado de Lepanto, el adúltero, el pendenciero, el jugador, el aventurero, el escritor frustrado pese a ser excelso, el marginado social, el implicado presuntamente en el asunto turbio de “las Cervantas” (novelado en este mismo año 2015)²¹, y el probable clandestino por la doble condición que se indica, pero también el hombre valiente y generoso, el buen padre y el hermano abnegado aunque no tan buen esposo, pero sobre todo el cristiano pretendidamente viejo u ortodoxo en algunas ocasiones y el converso en otras. Pero otra cuestión más tantas veces formulada: ¿Hubiera sido posible la creación del Quijote sin tanta experiencia y sin la convicción que otorgan las creencias, y sobre todo las vivencias? No será el autor de estos renglones quien pretenda afirmar lo contrario. Sí alguna reflexión –otra más-, acorde con la intención primera, que con toda la modestia y con la mayor de las cautelas nos atrevemos a señalar a modo de cierre al final de este trabajo.

Son muchos los casos en la Historia donde los grandes virtuosos fueron antaño grandes pecadores arrepentidos (Agustín de Hipona, por ejemplo). No sería extraño, por tanto, que en Cervantes, hombre multifacético sin ninguna duda, fuera pertinente incluir alguna reflexión en torno a su probable condición dual, cuando no poliédrica. Pero algo parece seguro, no obstante: que el tránsito del autor por tantos y tan diversos episodios debió aportarle un conocimiento profundo del momento histórico que le tocó vivir, así como la intuición de la condición humana como agente de la historia cotidiana y de la Historia con mayúscula. Aquí es donde radica la dimensión profética que, acaso sin proponérselo, nos dejó impresa en la más importante de sus obras. Con España al frente. España otra vez.

El cristiano viejo y a veces converso murió pobre y olvidado en una casucha de alquiler en aquel Madrid decadente de 1616. Murió menesteroso y abandonado como una alimaña a escasa distancia de la casa de Lope de Vega, el cristiano viejo mimado por las musas y por la fortuna en una residencia espléndida con jardín.

La pobreza de Cervantes queda de manifiesto en las poquísimas misas, sólo diez, que dejó encargadas en su testamento para sufragio de su alma. A su entierro

²¹ J. Eslava Galán. Misterioso asesinato en casa de Cervantes. Planeta. Madrid 2015.

asistió poca gente: sólo familiares directos y algún vecino. España, insistimos, es también así. "España entierra bien", afirmaba recientemente un político español defenestrado de su partido. Pero andaba errado, aunque quizás no en su caso particular. En España también se entierra de manera vergonzante, incluso con el asentimiento o pasividad de la Iglesia, cuando no con su negativa a prestar la última dignidad a los asesinados por el terrorismo en algunas regiones españolas. Otra vez la nueva inquisición contra el diferente; otra vez el miedo en los huesos que señalaba Buckle;²² otra vez el odio teológico reciclado en el nuevo Leviatán del etnicismo totalitario; otra vez la tiranía de lo políticamente correcto: España otra vez...

La fecha discutida de la muerte de Cervantes importa menos que su circunstancia. En este momento viene a cuento la afirmación de Sánchez Ferlosio en torno a la dedicatoria del *Persiles*, la última obra que él escribió y que publicó su viuda. "Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / gran señor, ésta te escribo /. Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir". Y más adelante, al final del prólogo: "¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos! Que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida".

Llegados hasta aquí, parece obligado otorgar un plus de veracidad al testimonio de cualquier persona cuando sabe próximo su tránsito hacia la otra parte. Es entonces cuando queda de manifiesto la verdad de cada cual, la gran verdad, y en este caso la verdad y grandeza de Cervantes que puede ser la misma de Don Quijote, de quien seguramente se acordó en su último momento en virtud la relación interactiva o interrelativa entre el autor y su personaje. Decimos esto porque la muerte de Don Quijote en el capítulo LXXIII prefigura de manera casi exacta la de su propio creador.

En relación con la del Príncipe de los Ingenios, dice Andrés Trapiello, que ni la pobreza, ni el reconocimiento de su obra, insuficiente a sus ojos, ni tampoco los problemas familiares oscurecen el ánimo del viejo Cervantes."Con todas las dificultades -dice el autor-, no pierde el humor, no hay nada de amargura en él. Hay algo en su literatura que es un alma pura; por mal que le hubiera tratado le vida"²³. Ramiro de Maeztu, por su parte, ve en el Quijote la descripción de la España posible que puede y debe ser reivindicada y regenerada. Es el autor vasco uno de los escasos hombres que abrazaron el optimismo sobre España a partir del pesimismo esencial

²² H.T. BUCKLE. Historia de la civilización ibérica. Madrid 1986. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Disponible en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-y-politica--0/html/ff394df0-82b1-11df-acc7-002185ce6064_6.html

²³ Publicado en *El Mundo*, 281-2015

Disponible en <http://www.elmundo.es/cultura/2015/01/28/54c7f3a822601d66648b457b.html>

del Quijote. Maeztu preconiza la catarsis constructiva capaz de propiciar un voluntarismo que insufla nuevos ánimos y un nuevo patriotismo en un momento agónico de la nación a cinco años escasos del desastre de 1898. España era posible todavía como la gran nación que se había derramado por los cinco continentes. Nuestro país había remontado difícilísimas pruebas desde entonces, prueba de su arraigo nacional y de su vitalidad histórica. España era más fuerte en su opinión que la obsesión cainita y disolvente de muchos españoles. No quedaba pues otro remedio que creer en sus posibilidades. Una nueva España era posible todavía. “Guardemos el Quijote para nuestras fiestas íntimas –decía Maeztu-²⁴; pero seamos altruistas ya que nuestra decadencia nos permite serlo, y no pretendamos convertir en libro vital de España ese libro (el Quijote) de abatimiento y de amargura. No veamos en España un espectro histórico, un fantasma doloroso, una cruel pesadilla; contemplémosla mejor como niño próximo a nacer, cuyos primeros vagidos se perciben en esa íntima agitación que deja estupefacta a nuestras clases directoras, históricas, gastadas, decadentes, próximas a morir. Y en consecuencia, no pongamos en sus manos los libros que la retraigan de aventuras, sino los que la exciten a la acción, y toda acción es aventura. Guardemos para nosotros el veneno y demos los antídotos a esa futura España, conquistadora de la alegría y de la fuerza, cuyo primer empeño ha de consistir seguramente en renegar de sus progenitores. Porque está escrito: «Debéis redimiros en vuestros hijos de ser hijos de vuestros padres». Fin de la cita.

En los días en los que ven la luz estos renglones, ¿deberíamos ser los hombres y mujeres de hoy los nietos redimidos de aquellos abuelos a los que aludía Maeztu? Quizás, pero sucedió que los hijos redimidos de aquellos abuelos de principios del siglo XX se enzarzaron en la guerra más terrible de nuestra historia contemporánea –Ramiro de Maeztu pereció asesinado en la matanza de Paracuellos-, y no es seguro que en los nietos de aquellos hijos haya desaparecido el aliento de Caín, el espíritu de la disolución nacional que ya apuntara maneras en los tiempos últimos de Cervantes, y la tentación por el vértigo, por el vacío, por el precipicio... Maeztu, frente a Cervantes y el Quijote expresa su alegato contra el desaliento y a favor del optimismo contra la evidencia más superficial de aquella España próxima a la guerra civil; pero otra reflexión más por nuestra parte después de transcurrido el siglo más difícil de nuestra historia: ¿por qué no ha sucumbido España, como tantas naciones y estados europeos ante enemigos tan poderosos? Quizás Maeztu entrevió la clave. ¿Es el pensador vasco un posicionado decidido frente al pesimismo del Quijote? Seguramente sí, pero él mismo era ya un quijote en tiempos agónicos.

²⁴ R. DE MAEZTU. Ante las fiestas del Quijote. Artículo en Alma Española. Madrid 1903.